CICERON.

I.

No es este el nombre de un orador, es el nombre de la elocuencia.

La elocuencia tal como la entendemos, y cual la entendia el mismo Ciceron, no es solamente el arte de hablar á los hombres en la plaza pública; es el don de sentir mucho, de pensar rectamente, de saberlo todo, de imaginar con esplendor, de espresar con poder, y de comunicar por la palabra escrita ó hablada á los demás hombres la idea, el sentimiento, la conviccion de la verdad, la admiracion de lo grande, el gusto por lo honesto, el entusiasmo por la virtud, el sacrificio al deber, el heroismo de la patria,

la fé en la inmortalidad, que hacen el alma honrada, el corazon sensible, el espíritu justo, la razon sana, la ciencia popular, la imaginacion artista, el patriotismo ardiente, el ánimo viril, la libertad cara, la filosofía piadosa, la religion conforme á la idea mas alta de la divinidad, en una palabra, que hacen al individuo bueno, al pueblo grande, á la humanidad santa.

Véase lo que entendemos por el ideal de la elocuencia. Supone esta para nosotros la posesion y el ejercicio de todas las facultades intelectuales y morales del hombre, resumidas en la palabra: el poder del verbo humano.

II.

Quizá ningun hombre las reuna tanto en sí como Ciceron, de quien osamos contar la historia. Poeta, filósofo, ciudadano, magistrado, cónsul, administrador de provincias, moderador de la república, ídolo y víctima del pueblo, teólogo, jurisconsulto, orador supremo, hombre honrado sobre todo, tenia además la rara dicha de emplear todos es-

tos diversos dones, ya en el mejoramiento, en el descanso y las delicias de su alma en la soledad, ya en el gobierno del pueblo, ya en los negocios públicos de su patria, que eran entonces los del universo, y así sus dotes, sus talentos, su valor y sus virtudes dedicarlos al bien de su pais, de la humanidad, y al culto de la divinidad, á medida que las perfeccionaba para él.

III.

No puede reprochársele mas que dos faltas: la vanagloria en la contemplacion de si mismo, y las debilidades reales ó mas bien las indecisiones suspiradas al fin de su vida hácia los tiranos de su patria. Pero estas dos faltas, si se conoce su historia, no son propias de su carácter, sino las de su tiempo.

La vanagloria era la virtud de los grandes hombres en esas épocas en que la religion, más magnánima y más desposeida de las vanidades humanas, no habia aun enseñado á los hombres la abnegacion, la modestia, la humildad, que convierten la

gloria de la tierra en la satisfaccion muda de la conciencia ó en la sola aprobacion de Dios.

Y en cuanto á las composiciones con los acontecimientos y con las tiranías por las que se vitupera alguna vez á Ciceron, conviene trasportarse al estado de la república romana, á la corrupcion de las costumbres, al envilecimiento del pueblo, á la enervacion de los caractéres de su tiempo, para ser justos con este grande hombre. En ninguna época de su carrera civil ha mostrado ante su deber una vacilacion. Si tembló delante de César, no así delante de la muerte; mas para apoyar la palanca de esta fuerza de alma que se le pide, y sostener solo la república contra César, le convenia buscar un punto de apoyo en la república. No lo tenia. No era la palanca lo que faltó á Ciceron, sino el punto de apoyo. Puede uno lamentarse del tiempo, pero no culpar al ciudadano.

IV.

Ninguna forma de gobierno fué tan pro-

pia como la república romana para formar estos hombres completos, tales como acabamos de definirlos en el mas grande orador de Roma. No se habian inventado aun esas divisiones de facultades y esas especialidades de profesiones, que descomponen un hombre entero en fracciones de hombre y que le achican descomponiéndole. No decian: este es un ciudadano civil, aquel es un ciudadano militar, este es poeta, aquél es orador, este es un abogado, aquel es cónsul; eran todo esto á la vez, si la naturaleza y la vocacion les habian dado todas estas aptitudes. No mutilaban arbitrariamente la naturaleza, como hacemos tan desgraciadamente hoy dia, con gran detrimento de la grandeza de la patria y de la especie humana. No imponian á Dios un *máximum* de facultades que le estaba prohibido traspasar cuando creaba una inteligencia mas universal ó una alma mas grande que las otras. César abogaba, hacia versos, escribia el *Anticaton*, conquistaba las Galias. Ciceron escribia poemas, hacia tratados de retórica, defendia las causas en el foro, arengaba á los ciudadanos en la tribuna, discutia el gobierno

en el Senado, percibia los tributos en Sicilia, mandaba los ejércitos en Siria, filosofaba con los hombres de estudio, y tenia escuela de literatura en Túsculo. No era la profesion, sino el génio, quien hacia al hombre; y el hombre entonces era tanto mas hombre, cuanto era mas universal. De ahí la grandeza de esos hombres múltiples de la antigüedad. Cuando mejor inspirados queramos engrandecernos como él, borraremos esas barreras rivales y arbitrarias que nuestra civilizacion moderna coloca entre las facultades de la naturaleza y los servicios que un mismo ciudadano puede prestar bajo diversas formas á su patria. Aceptamos que un filósofo sea un político, un magistrado un héroe, un orador un soldado, un poeta un sábio ó un ciudadano. Nos ocupamos de los hombres y no de los destinos humanos. El mundo moderno será mas fuerte y mas grande, y mas conforme al plan de Dios, quien no ha hecho del hombre un fragmento, sino un conjunto.

V.

Ciceron, tal cual lo encontramos en los retratos y en las cartas de sus contemporáneos ó en las suyas, era alto, como es necesario á un orador que habla ante el pueblo y que tiene necesidad de dominar con la cabeza á los que debe dominar con el espíritu. Sus rasgos eran severos, nobles, puros, elegantes, ilustrados por la inteligencia interior que los habia, por decirlo así, formado á su imágen; la frente elevada y pulida como una hoja de mármol destinada á recibir y á borrar las mil impresiones que la cruzaban; la nariz aguileña, muy delgada entre los ojos; la mirada recogida, firme y asegurada, sin provocacion cuando se descubria y dirigia á la muchedumbre; la boca fina, muy hendida de los labios, sonora, pasando con facilidad de la melancolía de las grandes preocupaciones á la gracia de estension de la sonrisa; las megillas ahuecadas, macilentas, enflaquecidas por la naturaleza del estudio y las fatigas de la tribuna ó arengas. Su actitud tenia la calma del filósofo, mas bien que la agita-

cion del tribuno. No era una pasion, era un pensamiento que se fijaba y dibujaba en él á presencia del pueblo. Se veia que aspiraba á iluminar, no á descarriar á la muchedumbre. Toda la autoridad de la virtud pública, toda la majestad del pueblo romano sobresalian con él cuando se levantaba para pedir la palabra. Un numeroso y grave cortejo de retóricos griegos, de libertos, de clientes, de ciudadanos romanos salvados por sus talentos, le acompañaba cuando atravesaba la plaza para subir á los *rostres* (1). Tenia en la mano un rollo de papel y un *estilo* (2) de plomo para notar sus exordios, sus demostraciones, sus peroraciones, partes preparadas ó inspiradas de sus discursos. Su traje, cuidadosamente

(1) En una parte del Foro estaba la tribuna para los oradores que arengaban al pueblo, que despues se llamó *Rostra*, por estar adornada de *proas* de los navíos cogidos á los *Antiates*. Tit. Liv. VII. 14: antes de vencer á este pueblo, Tit. Liv. II. 56, se le daba ordinariamente el nombre de *templo*, *templum*, porque estaba consagrado por los Augures, id. VII. 35.

(2) Especie de punzon que comunmente era de hierro ó hueso con mucha punta. El mango del ESTILO (*estilum ó graphium*) era llano, para poder alisar la cera, para borrar lo que se queria corregir y escribir de nuevo encima lo que se deseaba.

conforme al corte antiguo, nada tenia de la negligencia del cínico ó de la molicie del epicúreo. No acercaba los ojos para la busca y no los quebrantaba por la sordidez. Vestia, no compuesto de su ropa á pliegues perpendiculares ajustada al cuerpo. No queria que los colores, atrayendo los ojos, distrajeran los oidos. Su aspecto enfermo, más aun en su juventud, interesaba á esa languidez del cuerpo sojuzgado por el espíritu. Leíase en él sus insomnios y sus meditaciones. Escepto su voz grave y trabajada por el ejercicio, su apariencia esterior era la de una pura inteligencia, que no habia tomado de la materia mas que la forma estrictamente necesaria para hacerse visible á la humanidad.

Pero el pueblo romano, como el pueblo griego, acostumbrado por la frecuentacion del foro á juzgar á sus oradores en artistas, apreciaba en César, en Hortensio, esa atenuacion del cuerpo que probaba el estudio, la pasion, las vigilias, la consuncion del alma. La flaqueza y palidez de Ciceron, eran una parte de su prestigio y de su majestad.

VI.

Nació (1) en una pequeña ciudad municipal de las cercanías de Roma, llamada Arpino (2), patria de Mario. Su madre, Helvia, mujer superior por su valor y la virtud como todas las madres en quienes se vacian los grandes hombres, le parió sin dolor. Un génio apareció á su nodriza, dice la tradicion, y le anunció que iba en este niño la salud de Roma; lo cual significa que su fisonomía y su mirada inspiraban en el corazon de su madre y de la nodriza no se sabe qué presentimiento de grandeza y de virtud innatas. Helvia era de una sangre ilustre. Su familia paterna cultivaba oscuramente sus módicos dominios en las cercanías de Arpino, sin pretender los cargos públicos y sin frecuentar á Roma, contenta con su escasa fortuna y con la consideracion local de su provincia. A pesar de la novedad de

(1) El año de Roma 647 (107 años antes de J. C.), y fué muerto en 710, segun Tácito en su *Diálogo sobre los Oradores*.

(2) Forma parte hoy del reino de Nápoles. Se atribuye su fundacion á los *Ausonios Volscos*; pasó luego á poder de los Samnitas, y por último al de los romanos, que la erigieron en ciudad municipal.

su nombre, que Ciceron hizo brillar antes que nadie en Roma, esta familia descendia, se dice, por filiacion, de los antiguos reyes decaidos del Lacio. El abuelo y los tios de Ciceron se habian distinguido ya por la aptitud en los negocios y por algunos rasgos inesperados de elocuencia en las diputaciones que su villa habia enviado á Roma para sostener allí importantes intereses. Es raro que el génio esté aislado en una familia; muestra casi siempre los gérmenes antes de hacer despuntar un fruto consumado. Remontando algunas generaciones en una raza, reconócese por los síntomas precursores al grande hombre que la naturaleza parece preparar por grados. Esto aconteció en la familia poética del Tasso, cuyo padre era ya un poeta de segunda inspiracion; así en la familia de Mirabeau, cuyo padre, y sobre todo los tios eran oradores naturales y rústicos, mas oscuros, pero quizás mas naturales que el sobrino, así de Ciceron y de muchos otros. La naturaleza elabora largo tiempo y secretamente sus obras en la humanidad, como en los minerales y vegetales. El hombre es un sér sucesivo,

que representa y acaso contiene en una sola alma las virtudes de las almas de cien generaciones.

VII.

Estas aptitudes y estos gustos oratorios y literarios de la familia de Ciceron, y la ternura que se cambia en ambicion para sus hijos en el corazon de una noble madre, hicieron educar en las letras griegas y romanas al hijo que prometia con tiempo tanta gloria á su casa. La literatura griega era entonces para los jóvenes romanos, lo que la literatura latina ha sido despues para nosotros: la tradicion del espíritu humano, el modelo de la lengua, el grande antepasado de nuestras ideas. La rápida y universal inteligencia del niño hizo una esplosion antes que progresos en las primeras lecciones que recibió al salir de la cuna, bajo la inspeccion de su madre. Su vocacion por las cosas intelectuales fué tan pronta, tan maravillosa y tan unánimemente reconocida en torno suyo en las escuelas de Arpino, que gustó la gloria de que debia

apurar el alborozo, casi probando la vida. Los niños sus compañeros de escuela, le proclamaron *rey de los estudiantes*; referian á sus padres, hablando de las lecciones, los prodigios de comprension y de memoria del hijo de Helvia, y le acompañaban hasta la puerta de su casa como á un patrono de su infancia. Cuando la superioridad es desmesurada entre los niños y entre los hombres, no suscita la envidia; se la recibe y aclama como un fenómeno; y como los fenómenos están aislados y no se renuevan, no humillan la envidia, la admiran. Tal era el sentimiento que inspiraba el jóven Ciceron á los niños de Arpino. ¡Qué no inspiraria un tan noble y tan honorable mas tarde, á Clodio, á Octavio y á Antonio!

VIII.

La poesía, esta flor del alma, le envanece la primera. Es el sueño de las mañanas de las grandes vidas; contiene en sombras todas las realidades futuras de la existencia; remueve las fantasmas de todas las cosas antes de remover las mismas cosas; es el

preludio de los pensamientos y el presentimiento de la accion. Las naturalezas ricas como César, Ciceron, Bruto, Solon, Platon, comienzan por la imaginacion y la poesía: es el lujo de las sávias surabundantes en los héroes, los hombres de Estado, los oradores, los filósofos. ¡Infeliz quien no ha sido poeta una vez en su vida!

IX.

Ciceron lo fué temprano, largo tiempo y siempre. Fué tan superior orador, porque fué poeta. La poesía es el arsenal del orador. Abrid á Demóstenes, á Ciceron, á Chatam, á Mirabeau, á Vergniaud; en donde estos oradores están sublimes, son poetas. Lo que nunca se olvida de su elocuencia, son las imágenes y pasiones dignas de ser cantadas y perpetuadas por los versos.

Cuando salió Ciceron de la adolescencia, publicó multitud de poemas que le colocaron, dicen las historias, entre los poetas renombrados de su tiempo. Plutarco afirma que su poesía iguala á su elocuencia.

Estudió á un tiempo la filosofía con los maestros griegos de esta ciencia que las contiene todas. Siguió sobre todo las lecciones de Filon, secuaz de Platon. Despertaba así su alma por todos los poros á la ciencia, á la sabiduría, á la inspiracion, á la elocuencia. Reuniendo todo lo que habia sido pensado, cantado ó dicho de mas bello antes que él en la tierra, para formarse él mismo en su alma un tesoro inagotable de verdades, de ejemplos, de imágenes, de elocuencia, de perfeccion moral y cívica, se proponia acrecentar y apurar despues este tesoro durante su vida, para la gloria de su patria y para su propia gloria, inmortalidad terrenal en que los hombres de entonces hacian uno de los objetos y uno de los precios de la virtud.

Seguia tambien asíduamente por la misma época á las sesiones de los tribunales y del foro; este tribunal de las deliberaciones políticas ante el pueblo, escuchando, mirando trabajar á los grandes maestros de la tribuna de su tiempo, Escévola, Hortensio, Cota, Craso, y sobre todo Antonio, de quien ha inmortalizado despues la elocuencia en

sus tratados sobre este arte. Se honraba de ser su discípulo, y en su casa le estudiaba, reproduciendo de memoria con su pluma los rasgos de sus arengas que mas habian conmovido á la muchedumbre ó embelesado su espíritu. Desconocido aun como orador, su renombre como poeta se estendia en Roma por la publicacion de un poema épico sobre las guerras y los destinos de Mario, su gran compatriota.

X.

Roma estaba entonces en una de esas crísis trágicas y supremas que agitan los imperios ó las repúblicas en los momentos en que sus instituciones las ha elevado al colmo de virtud, de gloria y de libertad á que la Providencia permite á un pueblo alcanzar. Cuando las naciones llegan á este punto culminante de su existencia y de su principio, comienzan á bambolear sobre ellas mismas antes de precipitarse en la decadencia, como por un vértigo de la prosperidad ó por una ley de nuestra imperperfecta naturaleza. Este es el momento en

que los pueblos producen los mas grandes hombres y los mas desalmados, como para preparar los actores mas sublimes y mas atroces de esos dramas trágicos que ellos dan á la historia. Ciceron aparecia en la vida precisamente en este momento de la decadencia y descomposicion de la república romana, de suerte que su historia, mezclada con la de su patria desde su nacimiento hasta su suplicio, es á la vez la de los hombres mas memorables ó mas execrables del universo, la de las mas grandes virtudes y de los mas grandes crímenes, de los mas brillantes triunfos y mas siniestras catástrofes de Roma. La libertad, la servidumbre del universo, se conquistan, se pierden, se ridiculizan durante medio siglo en él, al rededor de él ó con él. El alma de un solo hombre es el hogar del mundo, y su palabra es el eco del universo.

XI.

El principio de la república romana era la asociacion sucesiva desde luego de la Italia, despues de la Europa, últimamente

del mundo conocido entonces, á la dominacion de los romanos. Crecer era su ley. No se crecia en territorio mas que por la guerra: la guerra era, pues, la fatalidad de este pueblo. Defensiva en sus principios, la guerra romana llegó á ser ofensiva, despues universal. La guerra altera la gloria, la gloria dá popularidad, la popularidad dá á los ambiciosos el poder político. El triunfo en Roma llegó á ser una institucion: esta institucion daba por decirlo así un cuerpo á la reputacion, y hacia de los triunfadores los candidatos á la tiranía.

XII.

Para mantener esta concurrencia de triunfos y esta guerra universal y perpétua, grandes ejércitos, casi permanentes además, habian llegado á ser necesarios. Grandes ejércitos permanentes son la institucion mas fatal á la libertad y al poder enteramente moral de las leyes. Los que permanecian reunidos en legiones, en las provincias conquistadas ó en Italia, comenzaban á elevar á sus generales por encima del Se-

nado y del pueblo, y á formar para ó contra estos generales grandes facciones militares, ejércitos tan en otro caso peligrosos como las facciones civiles. Los que estaban licenciados despues que se les habia dividido las tierras, formaban en la misma Italia y en los campos de Roma, los perdidos mal contentos prontos á recurrir á las armas, su único oficio, y á dar bandas ó legiones á las sediciones políticas, á los tribunos demagogos ó á los generales ambiciosos. El Senado y el pueblo estaban por consiguiente prontos á ser dominados y subyugados aun en Roma por la guerra y por la gloria que ellos habian destinado para subyugar el mundo. Habian enviado tiranos al mundo, y el mundo vencido les devolvia tiranos domésticos. Ya la espada se burlaba de las leyes; ya bajo un respeto aparente para la autoridad nominal del Senado, los generales y los triunfadores se repartian entre sí los cargos, los consulados; los gobernadores de provincias trocaban sus legiones ó se prestaban sus ejércitos para entregárselos despues del tiempo permitido por las leyes. Roma no era mas que una grande monar-